



1

STORM

«Recuento de fin de año.

-Salud: Bastante buena. No me puedo quejar.

-Sexo: mejor no contestar. No recuerdo la última vez.

-Amor: Mucho. Estoy enamorada de mi sobrina Erin».

Terminé de completar el cuestionario de la revista y solté un suspiro. La verdad era que lo único bueno que me había pasado últimamente era el nacimiento de mi sobrina, Erin. Por lo demás, mi vida era sencillamente plana, monótona y... triste.

Triste desde que mi madre había fallecido y un insondable vacío se había instalado en mi pecho. Cada vez que pensaba en el hecho de que era huérfana, de que mi madre se había marchado para siempre, unas terribles ganas de llorar florecían. Quizá no ayudaba el hecho de que siguiese en la casa familiar y de que cada rincón me recordara a ella. Quizá tampoco lo hacía el que mi hermana viviese con Zack y que

el insoportable silencio de la casa me engullera todas las noches.

Comenzaba a estar cansada de la rutina que seguía día tras día. Me levantaba, desayunaba, abría las ventanas para que el aire fresco, cargado de un intenso olor a césped y lluvia, inundara la casa y luego comenzaba a limpiar. Terminaba pintando un nuevo cuadro o retocando alguno de los que tenía a medias para luego tumbarme en el sofá y soportar de la mejor forma posible el ensordecedor silencio. Me encantaba mi oficio de pintora, aunque tenía que reconocer que siempre necesitaba de otros trabajos aparte para complementarlo, ya que no era suficiente para pagar las facturas.

Guardé el bolígrafo en mi bolso y me incorporé de la silla que había ocupado cuando mi hermana salió de la consulta del pediatra. La pequeña Erin me dirigió una enorme sonrisa al verme y mi corazón se derritió.

—¿Ya has terminado?

Mi hermana asintió.

—Erin está perfecta. Y se ha portado muy bien.

Fui hasta el carrito y la liberé de todos los enganches que la mantenían en su sillita. Luego la cargué en brazos y la pegué a mi pecho para inspirar su olor a bebé.

Dios, cómo amaba a mi sobrina.

Tenerla a mi lado provocaba que la tristeza que me embargaba al pensar en mi madre se borrara un tanto.

—¿Nos tomamos un café? Es temprano —pregunté. No quería despedirme todavía de Erin.

Mi hermana, Rain, contuvo una sonrisa y asintió.

—Sí, vamos.

Caminamos hasta el centro del pueblo, donde había una cafetería bastante grande y famosa por los estupendos cafés que servían. Las navidades ya habían pasado, y habían reti-

rado la decoración que había iluminado las calles. Sentía que ya podía respirar con tranquilidad. Ver tantas familias felices y unidas me recordaba lo sola que me sentía y la gran ausencia que nuestra madre había dejado tras su marcha. Rain había estado cada uno de los días de navidad en casa, trayéndome a Erin y sacándome a comer junto con Zack, su pareja, que también ponía gran empeño en animarme.

Yo fingía, pero lo que ni mi hermana ni Zack podían entender era lo unida que yo había estado a mi madre. Sabía que Rain también lo estaba pasando mal, pero ella había vivido alejada de nosotras durante diez años. Diez años en los que yo me había dedicado en cuerpo y alma a cuidar de nuestra madre, a entenderla y a centrarme en ella. No había existido nadie más para mí.

Rain se había marchado de Nantucket al morir nuestro padre, cuando ella solo tenía quince años. Habían tenido juntos un accidente en barco, en el que nuestro padre había fallecido. Rain se culpó desde el principio de su muerte, y con esa carga huyó un año después del suceso. Tuvieron que pasar diez años para que regresara a Nantucket, donde yo había permanecido cuidando de nuestra madre, quien, tras faltar nuestro padre, nunca volvió a ser la misma. Afortunadamente, la vuelta de Rain, a pesar de que fue difícil, sobre todo porque yo le guardaba mucho rencor por habernos abandonado a nuestra madre y a mí, al final solo trajo cosas buenas, tanto para ella como para mí misma: ella se liberó de su complejo de culpa y yo olvidé ese rencor que le había guardado por abandonar el hogar familiar. Además, Rain había encontrado el amor con Zack, y juntos habían tenido a su preciosa hija.

Volviendo al presente después de recordar toda la historia con Rain, me puse a pensar en lo perdida que me encontraba en ese momento.

No sabía qué hacer ni cómo comportarme en la mayoría de las ocasiones. Me sentía casi siempre fuera de lugar.

Al llegar a la cafetería, encontramos una mesa libre en el interior del local, cerca de la ventana. La ocupamos con rapidez y pedimos un par de *lattes*.

Puse a Erin sobre mis piernas y dejé que jugueteara con algunos mechones de mi oscuro pelo.

—¿Qué tal vas? —preguntó mi hermana de repente.

La miré.

—¿A qué te refieres?

—Ha pasado un año desde la muerte de mamá.

Apreté los dientes y cogí aire.

—No me apetece hablar de ello.

—Te entiendo, de verdad. Yo también la echo de menos, pero creo que deberías comenzar a salir, conocer gente... Estar encerrada en casa no es bueno para ti. Ni tampoco es lo que mamá querría...

Sentí una súbita oleada de ira. ¿Por qué no podía dejar el tema a un lado? No estaba preparada para hablarlo. Necesitaba que pasara el tiempo, necesitaba curar mis heridas y aceptar que nunca más volvería a sentirme como me había sentido al tener a mi madre a mi lado. Siempre viviría con la sensación de que me faltaba algo, de que la vida se había cebado con nosotras y que, después de arrebatar nos todo, esperaba que sonriéramos y siguiéramos como si nada hubiera pasado.

Que se joda la vida, que se joda todo...

—¿Storm?

Suspiré y acaricé los cortos mechones de Erin.

—¿Qué?

—¿Puedes al menos intentarlo?

—¿Intentar el qué? —pregunté con desgana. ¿Cuándo demonios iba a llegar la camarera con nuestros *lattes*?

—Ya te lo he dicho. Salir. Conocer gente.

—Ya salgo.

—No cuenta que sea conmigo o con Rosie.

Puse los ojos en blanco.

—¿Y por qué no?

—Porque eres joven. Porque tienes que vivir. ¿Cuándo fue la última vez que saliste con un hombre?

Hice el mayor de los esfuerzos para que no se reflejase lo mucho que me afectaba su pregunta. Si era honesta conmigo misma, desde que mi hermana se había marchado tantos años atrás, mi vida se había centrado en cuidar de mi madre. Había dejado mis necesidades y mis deseos apartados para asegurarme de que atendía a mi madre como se merecía.

Y, ahora que se ha ido, me siento perdida.

Me había olvidado de mis sueños, de qué quería hacer con mi vida y de lo que había hecho antes de imponerme el rol de cuidadora. Habían sido muchos años sintiéndome así, siguiendo una misma tónica, y ahora me estaba resultando muy difícil cambiar todo eso.

Me sentía náufrega y huérfana.

—No lo recuerdo —admití.

—Entonces es que te hace falta salir. ¿Sabes que Rosie ha quedado hoy con Penelope, la chica que me sustituye en el Donna's? Van a ir a un *pub*. Voy a escribir a Rosie ahora mismo para decirle que vas con ellas.

Puse los ojos en blanco y suspiré. Cuando a mi hermana se le metía algo en la cabeza, no había forma de hacerle cambiar de opinión. Pensé que quizá podía estar con Rosie y Penelope un par de horas y luego irme a casa.

Asentí y vi que una sonrisa surcaba el rostro de Rain.

—De acuerdo —claudiqué.

—¡Bien! —Rain aplaudió—. ¿Ves, Erin? Tu tía también hace caso a mamá.

Pasamos el resto de la mañana dando una pequeña vuelta por varias tiendas después de terminarnos nuestros *lattes* en la cafetería. En una tienda de ropa infantil por la que siempre pasábamos en nuestros ratos de paseo terminé por comprarle a Erin un pijama con pinta de ser muy calentito, con dibujos de conejos, y un peluche a juego. Me encantaba consentir a mi sobrina. Me resultaba sorprendente el poder que tenía sobre mí. Aunque hubiera tenido un día terrible, mi mal humor desaparecía con tan solo mirarla.

Cuando me despedí de ellas cogí un autobús. Me senté en el único asiento libre que quedaba y observé el cielo. A pesar de haber amanecido despejado, algunas nubes pesadas y gruesas comenzaban a oscurecerlo. Lamenté no tener en ese momento un lienzo sobre el que pintar. Luego recordé que tenía el móvil, así que pensé en hacer una foto para dibujarlo después.

Busqué el teléfono en el interior de mi bolso y lo alcé para capturar el hermoso paisaje.

Tomé un par de fotos y las contemplé con ojo crítico. Me fijé en los haces de luz, en la forma en la que las nubes se erizaban al estar cerca del mar o en cómo el verde de los árboles contrastaba con los tonos grisáceos del pavimento. Vivir en Nantucket era un privilegio. Un gran privilegio. Por ese mismo motivo me había costado tanto entender por qué mi hermana se había marchado en el pasado. No fue hasta que nos sentamos a hablar, un par de años atrás, que fui consciente del peso que se había echado sobre sus jóvenes hombros al culparse de la muerte de nuestro padre. Recordé cómo Rain me contó cómo había ocurrido: había sido ella, que tan solo era una niña, quien había insistido a nuestro

padre ese fatídico día para salir a navegar, cuando el cielo amenazaba tormenta, si bien nada presagiaba que fuera a ser tan terrible como finalmente fue. Por supuesto que nunca había sido su culpa, y al final pudo llegar a esa conclusión y pudimos arreglar todo lo que se había estropeado en el pasado entre nosotras. Fue doloroso, pero al mismo tiempo sanador para las dos.

Cerré los ojos y suspiré.

Habría dado todo lo que tenía por volver a tenerlos. A mi padre y a mi madre. Por poder retroceder en el tiempo y sentirlos a mi lado, escuchar cómo mi padre tocaba el piano para que Rain se uniera a los pocos minutos, o volver a ver la sonrisa de mi madre al contemplar la familia tan espectacular que había creado junto a su marido.

Habíamos sido una familia perfecta.

Y la vida nos había separado con demasiada rapidez.

A veces me encontraba odiando al creador del universo, o a quien fuera que moviera los hilos del destino y nos hubiese hecho vivir la muerte de mis padres. Sentía que estaba llena de rabia, resentimiento y dolor. Esos sentimientos solo desaparecían cuando estaba con mi sobrina, cuando la alzaba en brazos y su olor a bebé me inundaba. Era como encontrar la paz y la solución a todos mis problemas.

Y, sin embargo, cuando Erin y Rain se marchaban... el dolor volvía a retorcerme el corazón con saña.

Regresé a la realidad cuando el autobús llegó a mi parada. Me bajé y contemplé las hojas de los árboles. Me metí las manos en los bolsillos del abrigo y cogí una gran bocanada de aire. Si estaba cansada de mi día a día, de cómo el dolor me golpeaba cada vez que recordaba a mi madre, ¿no debía hacer algo para remediarlo?

No supe cuánto tiempo estuve perdida en mis pensamientos, pero de repente me encontré, sin darme apenas cuenta, enfrente de la puerta de mi casa.

De la casa de mis padres.

El lugar donde mi madre había pasado sus últimos momentos de vida.

Me llevé una mano al pecho al sentir que el corazón parecía estar a punto de salirse del pecho.

Definitivamente, necesitaba hacer algo con mi vida.



2

STORM

Cuando acepté salir con Rosie, íntima amiga de mi hermana, y con Penelope, la chica que estaba sustituyendo a Rain por su baja por maternidad, había supuesto que cenaríamos y luego tomaríamos una copa en un sitio relajado. Después de todo, era mi primera salida después del fallecimiento de mi madre.

En verdad, no había salido desde que había comenzado a cuidarla.

Sin embargo, allí estaba.

Miré a mi alrededor con espanto.

—¿Qué demonios es este sitio?

Rosie me dirigió una mirada cargada de intención.

—Es el nuevo *pub* de Zack y Devin. ¿No es una maravilla? Ha sido incluido en varias revistas como uno de los lugares más populares del estado. Este verano va a ser imposible entrar.

Me guardé mi respuesta a su pregunta.

Definitivamente, no me parecía una maravilla. De hecho, me arrepentía de haber sucumbido a los tonos lastimeros de mi hermana para acompañar a Rosie y Penelope. Pero, si era sincera, el *pub* estaba muy bien decorado. No era en absoluto parecido a esos antros oscuros con poca ventilación en el que un nauseabundo olor te penetraba las fosas nasales.

Allí la gente iba muy bien vestida, y unas enormes ventanas, que se encontraban abiertas de par en par, impedían que el olor corporal se concentrara. En la barra trabajaban dos chicas y dos chicos muy atractivos. Una música pegadiza resonaba por los altavoces y, para mi propia sorpresa, me vi moviéndome al ritmo que iba marcando.

—Voy a pedir algo; ¿qué queréis?

La amiga de Rosie, Penelope, era una chica de veintiocho años con una larga melena oscura que enmarcaba un rostro atractivo y exótico. Envidiaba lo bien que le quedaban los tatuajes en sus brazos y la seguridad que desprendía por cada poro de su piel, como si la opinión de los demás no fuera relevante para ella.

—Un Manhattan —respondí a Rosie, y le tendí un billete. Penélope sacudió la cabeza.

—Vamos por rondas. A esta invito yo —dijo—. Rosie, ¿vienes conmigo a por las copas y me ayudas?

Rosie me miró para confirmar que no me importaba quedarme sola. Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—No te preocupes. No me moveré de aquí.

Las vi alejarse en dirección a la barra y me crucé de brazos. Contemplé con curiosidad a la gente que bailaba, lo bien que se lo pasaban con sus amigos. Sus rostros reflejaban lo relajados que estaban, ajenos a lo que sucedía fuera de esas paredes y a las desgracias que otros podían estar viviendo en ese preciso momento.

Un súbito dolor me desgarró el pecho. La imagen de mi madre apareció en mi mente.

Sacudí la cabeza y suspiré largamente.

Apreté los dedos contra mis brazos e intenté desviar mi atención de mis oscuros y tristes pensamientos. Mis ojos terminaron por centrarse en un hombre alto de pelo oscuro que se encontraba oculto en la penumbra. Destacaba entre los demás, y no supe si era por cierta aura de peligrosidad y rigurosidad que lo rodeaba o por la forma en la que su camisa blanca se apretaba a su pecho, un torso trabajado que atraía la mirada de otras mujeres alrededor.

Pero sobre ese cuerpo atlético, fuerte y enorme destacaban unas manos grandes que no pude evitar imaginarme sobre mi cuerpo en ese preciso momento.

Sorprendida por mi reacción, desvié la mirada repentinamente.

¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué quería mirarlo otra vez? Era como si una mano invisible me agarrara del mentón y me girara la cabeza hasta la esquina donde había visto al hombre.

Para mi propia decepción, cuando volví a mirar, él ya no estaba.

—¡Aquí estás! —exclamó Rosie, que se había recogido su melena castaña rojiza en un moño—. Toma. Tu Manhattan.

Cogí el cóctel con confusión, todavía con la imagen de aquellas grandes manos en mi mente.

—Hay hombres muy guapos. —Penelope llevaba un vestido negro muy estrecho que dejaba ver su estupenda figura por el ejercicio que debía de hacer diariamente—. Voy a acercarme a ese. Deseadme suerte.

Antes de girarme para ver a quién se refería, emití una pequeña súplica para que no fuese el tipo que había atrapado

mi atención tan poderosamente. No había conseguido ver su rostro, pero estaba segura de que lo hubiera podido distinguir con tan solo ver sus manos otra vez.

Oh, joder... ¡qué manos!

El alivio relajó mi cuerpo al cerciorarme de que Penelope se había colocado al lado de un rubio alto y guapo. Esbocé una sonrisa y le di un sorbo a mi bebida.

—Me temo que no veremos a Penelope mucho más hasta que nos marchemos de aquí —señaló Rosie.

—No pasa nada.

—¿Sabes? Cuando tu hermana me dijo que te apuntabas, tuve un montón de dudas sobre qué sitio escoger. —Sonrió—. Quería que te sintieras cómoda.

La ternura se apoderó de mí. Entendía por qué Rosie era la mejor amiga de Rain. ¿Cómo no iba a serlo? Aquella mujer cegaba a cualquiera con su amabilidad.

—Me gusta mucho el sitio. Gracias.

—Bien. Ahora tómate tu bebida tranquilamente. Hasta que no lleves tres encima no vas a comenzar a bailar ni a pasártelo bien. —Me agarró de la mano y me hizo dar un sorbo—. Eso es.

—Puedo pasármelo bien sin beber alcohol —dije, quizá con mayor brusquedad de la que había querido.

—Eso no lo dudo, pero quiero que disfrutes tanto que dejes a un lado tus recelos. Imagínate que eres otra persona. Libérate. Mañana puedes volver a tu rutina, pero esta noche...

—Me guiñó un ojo—. Esta noche no eres Storm.

La música cambió de golpe a una que arrancó a bailar a todos, incluida a Rosie.

Sus palabras calaron profundo en mi ser. Las repetí en mi mente una y otra vez. ¿Sería demasiado egoísta si me olvidaba por aquella noche del peso que arrastraba? Liberarme

una sola vez. Luego, al día siguiente, regresaría a mi monótona vida, a esa casa silenciosa que desprendía por cada una de sus esquinas el olor a mi madre. Esa casa que me asfixiaba al mismo tiempo que me traía buenos recuerdos de mi infancia.

Solo una noche, por favor.

Me suplicaba a mí misma ser otra persona. Durante unas pocas horas. Solo unas pocas horas.

Apreté los dientes y asentí.

El rostro de Rosie se iluminó cuando alcé mi copa y me la tomé de un trago. El alcohol me quemó la garganta y mis ojos se humedecieron.

—¡Esa es mi chica! —gritó Rosie.

Y, sin pensarlo dos veces, me dirigí a la barra... a por mi segunda copa.

La anticipación hacía que me hormiguearan las yemas de los dedos. Comenzaba a sentir el hechizo de la música recorriendo mi cuerpo. Mi yo receloso, desconfiado y herido se había ido a la parte más recóndita de mi mente. Volvía a ser esa joven del instituto que salía con chicos, que se lo pasaba bien y que luego regresaba a casa para estar con su familia.

Me apoyé en la barra y un camarero bastante atractivo ignoró a quienes estaban allí para atenderme a mí. Sus ojos verdes brillaron.

—¿Qué puedo ponerte, preciosa?

Su cumplido me halagó y una sonrisa fugaz iluminó mi rostro.

—Un Manhattan, por favor.

—Ahora mismo —respondió, y me guiñó un ojo.

Un olor fresco y especiado llegó hasta mis fosas nasales. Inspiré y me estremecí. Mi cuerpo reaccionó de inmediato y me humedecí los labios.

Sabía que había alguien detrás de mí, aunque a una distancia prudencial para no presionarme ni agobiarme.

Noté los pezones duros y un calor electrizante recorrerme todo el cuerpo.

Cuando el camarero me puso delante mi bebida, vi una mano estirada con un par de billetes.

—Yo pago.

Esa voz...

Me giré con lentitud y me encontré con el pecho fuerte que había visto hacía un rato cubierto por la camisa blanca, que, a juzgar por la tela, debía de ser bastante cara. También comprobé que las grandes manos eran las mismas que tanto me habían impactado. Alcé la cabeza y me encontré con los cálidos y oscuros ojos de Devin Hardy.

Oh, Dios... Por supuesto que es él.

Hice el mayor de los esfuerzos por no fijarme en la perfección de sus rasgos, en cómo sus ojos parecían devorarme y su carnosa boca se curvaba en una sonrisa sexy y desenfadada.

—Devin —susurré.

Supe que no me había oído a causa de la música, pero sí que pudo leer mis labios.

—Storm Sheridan...

Su saludo, en el mismo tono que el mío, me mandó una descarga que me recorrió entera, de pies a cabeza. Conocía a Devin desde hacía años. Había comprado muchos de mis cuadros para decorar su hotel, el Blue Moon, en el que era socio de Zack, y su despacho. Le estaba eternamente agradecida por su ayuda y por recomendarme a otros clientes. Sin embargo, siempre lo había visto como a alguien muy lejano a mí. Una persona de éxito, con una vida libre de obligaciones. Lo consideraba un alma libre, tan lejos y diferente

de mí. Su ropa de calidad y sus modales impecables me hacían sentir una paria.

—¿Te apetece que nos sentemos fuera? —preguntó después de acercarse a mí para que lo oyera bien.

Su olor me nubló los sentidos durante unos fugaces segundos.

Asentí.

—Claro.

Cogí la copa y lo seguí hasta el exterior. Cada paso que daba hacía que una alarma se encendiera en mi cabeza, como si estuviera a punto de cometer un error del que seguro que me iba a arrepentir más tarde.

Una vez fuera, Devin me agarró del brazo con suavidad y me llevó hasta una de las mesas que había libres. Al sentarnos, su rodilla rozó uno de mis muslos. Me pregunté si el hecho de que me hubiese bebido ya una copa era el causante de que me ardiera tanto la piel y deseara probar tan poderosamente los labios de Devin.

Le di un trago a mi nueva copa y la dejé en la mesa con una sonrisa nerviosa. Hacía bastante tiempo que no bebía, y no me gustaba cómo me sentía a la vez: obnubilada, mareada y excitada.

Aunque estaba segura de que esto último se debía más a Devin que al alcohol.

Eché un vistazo a nuestro alrededor y sentí una suave presión en la garganta al percatarme de que no era la única que encontraba a Devin arrebatador. Incluso habría jurado que dos mujeres que se encontraban cerca de nosotros, una castaña y una rubia, estaban esperando a que yo me fuera para acercarse a él.

Apreté los dientes y crucé las piernas.

—¿Qué haces aquí?

Su voz, masculina y ligeramente ronca, hizo que se me erizara el vello de la nuca.

—¿No soy bienvenida? —pregunté como respuesta.

Él bufó.

—Por supuesto que lo eres. La pregunta es: ¿qué te ha hecho salir de tu escondite y venir a uno de los sitios más concurridos de todo Nantucket?

Buena pregunta.

No quería responder, no quería decirle que aquella noche me había dado una tregua, que me había permitido vivir y olvidar que mi madre había fallecido.

Le di un nuevo trago a mi copa y me encogí de hombros.

—¿No puede solo ser que me apetece salir?

—¿Viniendo de ti? No. —Negó con la cabeza y las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba—. Siempre hay una razón detrás.

Decidí permanecer callada durante unos segundos. Volví a dar un sorbo a mi Manhattan y supe que estaba cometiendo un error. El alcohol fluía por mis venas con rapidez y mi lengua comenzaba a soltarse cada vez más.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—Es mi local. —Me guiñó un ojo—. Me gusta dar una vuelta de vez en cuando y ver cómo va todo.

—Ya, claro... —Me crucé de brazos—. ¿Después de un largo día de trabajo en el hotel me vas a decir que no prefieres estar en casa?

Se encogió de hombros. Habría podido jurar que sus ojos negros habían brillado.

—Digamos que hoy no me apetecía quedarme en casa solo.

—Así que buscabas compañía... femenina —añadí con una sonrisa juguetona.

Definitivamente, el alcohol me está afectando.

Sin embargo, me estaba gustando tanto el juego en el que habíamos entrado que no me importaba en absoluto. Esa noche era otra mujer.

Más desinhibida, más libre.

—Yo no he dicho eso.

—No hace falta. Puedo verlo en tu mirada —señalé.

Él alzó una ceja y se inclinó lo suficiente para que la distancia entre ambos fuera corta. Muy corta.

Mi corazón se saltó un latido y noté que un calor intenso y pegajoso se instalaba entre mis piernas. No recordaba la última vez que me había acostado con un hombre, pero, desde luego, sabía que nunca antes me había sentido tan excitada por la idea de acostarme con alguien.

Pero es que Devin no es cualquiera...

—¿Y si te dijera que te buscaba a ti, que me he enterado de que estabas aquí y que he venido a verte?

La sola idea de que eso fuese posible me hizo soltar una carcajada.

Me incliné también para acortar un poco más la distancia entre nosotros y me mordí el labio inferior.

—Eso es bastante improbable.

Él no dijo nada. Tampoco era necesario.

La idea de acostarme con Devin comenzó a parecerme de lo más atractiva. De todas formas, ¿qué podía perder? No me quedaba nada. Mi madre había fallecido, mi hermana ya tenía su propia familia... y yo seguía viviendo en puntos suspensivos, como esperando que de un momento a otro todo fuera a encajar de forma perfecta. El replantearme el día de mañana, cómo iba a continuar, cómo iba a seguir adelante, me producía vértigo e inseguridad a partes iguales.

De repente, el móvil de Devin comenzó a sonar.

Él susurró hacia mí algo en señal de disculpa. Respondió la llamada y supe, por la forma en la que movía la cabeza y los hombros, que iba a tener que marcharse.

Colgó y se guardó el móvil.

—Debo irme.

Asentí un par de veces.

—Claro.

—Espero volver a verte por aquí. —Me dedicó una mirada larga que estuvo a punto de hacerme sonrojar—. Estás preciosa, Storm.

Mis ojos se abrieron de par en par, y antes de que pudiese decir nada, él se había levantado y se marchaba. Lo contemplé desde mi posición mientras una miríada de sentimientos contradictorios se formaba en mi pecho. Las ganas de que hubiese pasado algo entre nosotros me hizo apretar los muslos.

—Eh, ¿qué haces aquí? Te estábamos buscando.

La voz de Rosie me trajo a la realidad.

Sacudí la cabeza y me incorporé.

—Acababa de ver a alguien conocido.

Rosie asintió y estiró una mano para que entrelazara mis dedos con los de ella.

—Venga. La fiesta no ha hecho más que empezar.